

vientes como un rayo y tempestuosas como la cólera de la naturaleza; y á su grito salvaje todos los pechos roncan y hierven como roncan y hierven los abrasados volcanes en las altas cimas de las montañas coronadas de fuego. Lancémonos corriendo á la pelea: que al fin de nuestra carrera está la victoria. Corred, corred al combate; seguidme, pues ardo en anhelo infinito de cebarme en esos pueblos, los únicos que han resistido hasta hoy el poder de mi brazo, capaz de remover las piedras de los cimientos donde se asienta el Asia. Seguidme, seguidme, y volad, soldados, en alas de vuestra ira. Corred conmigo á la pelea, hijos de la guerra.

ORIEL.

¡Oh! la fatalidad me impulsa á la guerra. Ya se encuentran los dos enemigos y chocan fuertemente con horrible estruendo. Un clamor espantoso, un clamor de odio puebla los aires. Los dientes rechinan de furor, y las armas se encuentran centelleando á la luz del sol con terribles fulgores. El escita llega, se acerca, asesta su flecha, aplasta con su maza á su enemigo, y vuelve la espalda en rápida carrera, montando el arco, en tanto que nuevas bandadas vienen á cebarse en el

combate con la ferocidad de hambrientos tigres, sin dejar punto de reposo á sus enemigos, antes de continuo excitando su ardiente rabia y moviéndoles á enardecerse en la feroz pelea. Los escitas gritan odio y venganza. Todos ellos pelean. Sus ojos arrojan rayos, su boca espuma, su garganta roncos gritos, sus manos flechas, sus rostros asustan con su fealdad; movimientos convulsivos les asaltan en sus caballos voladores como el huracan, que se defienden tambien á coces, como si tomaran parte en la feroz pelea, siendo así sus ojos, sus dientes, sus brazos, todos armas. Ya no se oye más que el ruido que produce una gran catarata ó una horrible tempestad. Gritos, chasquidos de látigos, silbidos de flechas, arcos que se quiebran, escudos que vibran, caballos que relinchan, cuervos que graznan, moribundos que se agitan en la agonía, voces de mando que ruedan sobre el estruendo como la tempestad sobre el mar; toda esta gran confusion me parece un inmenso gemido lanzado por innumerables gentes, que expresan una pasión indigna del corazón humano, el siniestro, el terrible odio. ¿Y será posible que todos, todos, no obedezcan más que á la ira? ¿Y lo pregunto yo? ¿No estoy yo aquí, con mis flechas envenenadas á la espalda, mi arco en

la mano, mi espada al cinto, esperando que me toque la hora de matar? Y yo no siento ódio en mi corazon. Si pudiera, salvaria á esos infelices, á quienes amo mucho más que á mis déspotas y mis señores. ¡Y cuántos infelices serán movidos, como yo, á entrar en la atroz batalla contra su voluntad, cuántos! ¡Matar sin pasion, matar sin ódio! Pues si el instinto de la vida no fuera superior á todo, ¿no deberia yo en este instante matarme antes que matar? ¿Cuándo ¡oh cielo! acabará mi martirio?

KEKOBAD.

¿Qué haces ahí, esclavo? ¿No oyes el ruido de la pelea, que suena como la tempestad? Levántate, anda, y piérdete en el combate como el águila se pierde en las nubes. Respira sangre, vierte sangre, ahoga en sangre á tus enemigos, porque con sangre se amasan los imperios. Yo, tu amo, hijo del fuerte é invencible rey Kai-Kosru, yo voy á la batalla como el tigre va sediento de sangre á buscar en los bosques su presa para alimentar á sus hijos. Los pueblos viven de despojos de pueblos, como las fieras de los miembros de animales. Sígueme, armado de tu arco, porque la espada no puede caer en tus malditas ma-

nos, sígueme á disipar esa nube que quiere destruir á Persia. Y en la pelea, entre el centellear de las espadas, el silbido de las flechas, el resuello de los elefantes, el relinchar de los caballos, el grito de los heridos, el ¡ay! de los moribundos entonaremos el cántico que celebre la victoria alcanzada sobre las ruinas de tantos y tantos pueblos. La guerra es todo. En sangre se tiñen nuestros mantos, con tripas de nuestros enemigos se hacen las cuerdas de las liras para nuestros festines, sobre vientres humanos ruedan nuestros carros de guerra, con cabezas separadas del tronco levantamos nuestros altos tronos, porque la muerte es la más fiel y la más segura aliada de estos grandes imperios. Sígueme, esclavo, sígueme á la guerra.

ORIEL.

Señor, perdóname. Ya sé que me han regalado á tu padre, y que tu padre me ha regalado á tí; lo sé, y soy tuyo. Pero te ruego que no me mandes matar hombres á quienes mi corazon no aborrece. Si el númen del ódio inspira al guerrero, correrá, se abrazará á sus enseñas, y morirá contento sobre el enrojecido polvo de la pelea. Pero entrar sin pasion en la ardiente lucha, com-

batir sin odio, asestar la flecha sin voluntad, temer herir, llorar al ver caer al contrario, correr á recogerlo, á levantarlo del suelo, á derramar en sus heridas bálsamo, no es propio de la guerra, y yo haria eso, porque yo no detesto á tus enemigos. ¿Qué me importa el imperio? Para mí el imperio es un calabozo. ¿Qué tengo yo que ver con tus dioses? Para mí tus dioses son verdugos. ¿Qué sentimiento de amor á este suelo ha de asaltar mi corazón? Este suelo para mis piés sólo tiene agudísimas espinas. No es ciertamente esta la tierra en que nací. No me une á ella ninguna raíz, porque ni sé mi cuna, ni conozco á mis padres, ni tengo conciencia de mi vida de ayer, ni presiento mi vida de mañana. No puedo entrar en la pelea, ni con amor, ni con odio. Y sin amor ni odio no es dable combatir, aquí donde todos sienten, donde todos aborrecen. Mándame lo que quieras, pero no me mandes que haga traición á mis sentimientos. Pide, si, pide tú de mí lo que yo mismo puedo pedir de mi naturaleza. Pero pedir que odie, que aborrezca á los hombres que ningun mal me han hecho, es pedir más de lo que yo puedo hacer. Compadécete de mí. Perdóname. ¿Quieres que vaya al combate, sediento de sangre, anhelante de matanza, como el cazador va

al bosque á matar fieras sólo por el placer de matarlas? Entonces, yo únicamente seria criminal. Mis manos serian las únicas manos manchadas de sangre en la pelea. Y de tantos ejércitos, de tantos soldados, el único asesino seria el esclavo, el inocente esclavo, que no tiene ni templo que salvar, ni altares que defender, ni patria que guardar, ni familia que proteger, y que sólo tendria corazones que herir. Perdóname, señor, pero yo no puedo ir á la pelea. Mira cómo en el rostro del soldado se pinta la ira y el odio que le mueven á la matanza. Yo no peleo, porque yo no odio.

## KEKOBAD.

Infame sapo henchido de veneno, que en tu esclavitud y en tu abyeccion te ensóberbeces con tu estúpido orgullo, calla, y corre á la pelea. ¿Quién eres tú para negarte á las órdenes de tu dueño, quién eres? Tú no puedes amar, no puedes aborrecer. El esclavo es en el reino ménos que la espada en manos del guerrero. Tú eres un instrumento, y nada más que un instrumento de matanza en la pelea. Como la flecha al salir del arco no pregunta si va á herir, si va á beber mucha sangre, si va á extinguir alguna existencia, tú, que eres ménos que la flecha, no debes pen-

sar qué vas á hacer en la pelea. El perro de caza no pregunta á su dueño el destino de la codiciada presa, y cuando la ve caer tinta en sangre, salta, corre, olfatea por todas partes, y si la encuentra, la lleva á los piés del cazador, meneando la cola contento y agradecido, bien pagado, aunque se muera de hambre, con una sonrisa. Ea, pues, á la lucha, á seguir jadeante mi caballo, á clavar la flecha en el corazon enemigo, á respirar la sangre; que con vapor de sangre se enardece la vida. Corre, corre, porque tú no tienes más ley que la voluntad de tu dueño.

Oriel (*en medio del combate*).

Por fin me han arrojado en el seno de la pelea. La voluntad que me domina y que me arrastra, me ha sumido en este lodazal de sangre coagulada. ¡Qué horror! Las flechas cruzan por mi lado silbando como serpientes. Las espadas no brillan ya, porque han tomado el color mismo de la sangre. Un lamento infinito se eleva al cielo, que se oscurece como si quisiera llorar oculto y recogido tanta y tan fiera matanza. Aquí cae un infeliz que tal vez tenga madre. Allí otro se siente herido en el corazon, se lleva la mano al pecho como queriendo contener la sangre, y al despedirse de la

vida mira con afan los aires, buscando acaso en la última hora de la existencia una imágen adorada. Entre la horrible pelea, entre las armas, en los indecisos pliegues de una nube de polvo se vé una mujer que mira un cadáver. Es su compañero de toda la existencia. La pobre mujer lleva una criaturilla en los brazos, y la mira, y al verla sonreír, deja caer sobre sus lábios una lágrima tan amarga como el dolor del alma. La débil criatura, antes sonriente, llora como si aquella lágrima le hubiera quemado el rostro. Y la madre infeliz, al ver que una nube de enemigos se acerca, tal vez para llevarse el helado cuerpo y repartírselo como un despojo del combate, coje á su hija, la oprime contra su corazon, sollozando, la ahorca con las trenzas de su misma cabellera, y despues busca la espada del que ha muerto en el polvo, la encuentra, se traspasa el pecho, y cae exánime, lanzando tal vez una maldicion contra un mundo que necesita esos sacrificios, contra una tierra que nunca se sácia de sangre. ¡Quién me diera ahora volver á los bosques, desde la colina mirar nacer la melancólica luna, contemplar cómo la flor se abre al beso de la noche para ofrecer por la mañana las gotas de rocío á las canoras aves en su cáliz, oír el torrente despeñarse,

temblar la caña, y en las oscuras hojas escondido piar el pajarillo recibiendo de su amorosa madre el último alimento de aquel día, en tanto que por los celajes oscuros aparecen timidas las estrellas, que se retratan en el sereno lago, saludadas por el cántico del ruiseñor, que es como la pasión de la naturaleza! En medio de este gran estrépito creo divisar las mil ilusiones que en mi larga vida han besado mi frente y han enjugado con sus celestes alas mis lágrimas. ¡Génio desconocido que has sido el protector de mi corazón, el númen de mi inteligencia, no me abandones en este supremo instante de mi vida! No te conozco, pero te siento en mi alma. Los hombres me han faltado siempre; tú nunca, nunca me has faltado. Recibe esta lágrima encendida que se desliza por mis mejillas y que cae en mi seno. Tal vez al perderse, arrebatada por el aire, te encuentre donde mi espíritu no te encuentra, y te lleve el secreto de mi existencia. Retumba el combate como la tempestad en los espacios. La tierra tiembla convulsa bajo mis plantas. El cielo se oscurece. Toda la naturaleza se sacude como la hoja del árbol estremecida por el viento. ¡Oh! ¿Y será posible que la ambición, el odio, el rencor, la ira, lleven así los hombres á la muerte? ¡Qué veo! Allí viene la reina de los es-

citas. Su cara tostada por el sol de las batallas despide relámpagos de ira, sus ojos parecen dos volcanes de odio. En sus manos vibra el arco jamás cansado de escupir flechas, y sus piés se hunden, como en blanda alfombra, en el vientre de un cadáver que aún conserva el calor de la vida. Sus desnudas piernas están teñidas de sangre, como las piernas del que pisa las uvas en el lagar están teñidas del hirviente zumo de las uvas: tantos vientres habrá pisoteado. Su pecho ronca como la nube que trae una tempestad en su seno. Iracunda, convulsa, tendido el cabello que flota como el ala de un cuervo, desnudo el seno, mal envuelta en su manto manchado de sangre, agitando con su tempestuosa voz sus caballos que al tirar de su carro parecen como el mal y la noche, vibrando el arco, seguida de guerreros que aullan y despiden la muerte de sus fúces, destruyéndolo todo por donde quiera que pasa, es el génio de la matanza y de la guerra condensado en el débil cuerpo de una mujer poseida por el odio.

THOMIRIS (*reina de los escitas*).

Corred en pós de mí, hijos del desierto, á devorar á los enemigos de nuestros dioses y de nuestra gente. Ese emperador es un asesino, y

sus soldados, vestidos de resplandecientes telas, son mujeres. Sus afeminadas armas se tronchan contra nuestros pechos de hierro, sus atiplados aullidos se estrellan en nuestros corazones de piedra. Corred y matad; si no os basta el arco, crispad los puños; y si no os bastan los puños, aunque más fuertes que mazas de hierro, afilad los dientes, y á bocados destruid esos engendros del crimen. Yo me atrevo á machacar con mis quijadas sus miserables cabezas, como las ruedas de mi carro machacan los huesos de los cadáveres. Corramos; y cuando triunfemos, cuando hayamos derribado en este inmundo lodazal de vientres despedazados, y miembros palpitantes, y tripas deshechas y rotas, al gran enemigo, levantaremos un altar de cadáveres, encenderemos en su cima una hoguera; y al reflejo de la indecisa luz, en la callada noche, ofreceremos á la espada, que es nuestro Dios, una libacion de sangre en el cráneo de nuestros enemigos; y los espíritus de los que se han sacrificado á la guerra, agradecidos á este recuerdo, vendrán del negro abismo á rozar nuestras frentes con sus sedosas alas de murciélago.

KAI-KOSRU (*desde su carro de guerra*).

¡La reina de los escitas! Esa debe ser la vícti-

ma que sacrifiquemos en aras de nuestros dioses. Cuando la tierra ha temblado muda y asombrada bajo mis plantas, cuando el Océano se ha plegado á mi voz ofreciéndome su corona de espumas para mis sienes, cuando los pueblos me han seguido como sigue el pajarillo fascinado á la serpiente, tú, bárbara reina, y las sangrientas y crueles tribus que te obedecen, resistís á mi voz, que es la voz del cielo y el mandato del destino.

EL JEFE DE LOS ESCITAS (*que llega jadeante*).

Deten, Thomiris, tu carro, deténlo: que vas á caer en manos del enemigo.

THOMIRIS (*dando repetidas vueltas alrededor del carro de Kai-Kosru*).

Te veo con el placer que vé el buitre á su presa. Te has sumido en un lodazal de sangre, y en rios de sangre vas á morir ahogado. Tú, bárbaro, viniste á turbar la paz de los que vivían tranquilos en sus desiertos y en sus bosques. Tú sembraste de desolacion las florestas, y atragiste sobre un pueblo feliz todos los cuervos de la tierra. Muere, esclavo de la muerte, muere. (*Dispara una flecha, que hiere al rey de los persas*).

KAI-KOSRU (*cae desplomado en su carro*).

¡Ah! Me ha herido. El imperio persa cae herido conmigo. ¿Dónde, dónde están los míos? Mi ardor me ha separado de ellos, y vengo á morir entre los bárbaros. Kekobad, Tanyojarces, hijos míos, acudid á recoger la corona que se cae de mi herida frente. ¡Oh! Esta flecha bebe mi sangre con anhelante y rabiosa sed. Se turban mis ojos. Huye el mundo... No... no... debo morir. ¡Ay! (*Espira*).

THOMIRIS (*saltando gozosa al carro del rey*).

Ha muerto. Mi flecha le ha llegado al corazón, y le ha mordido, arrancándole anhelante la vida. Ahí teneis el rey que quiso envolver al mundo en su manto y ceñir su corona como una serpiente á la tierra; ahí le teneis exánime. Pueblo mio, aulla de alegría. Tu gran enemigo es un cadáver. Dentro de poco no quedarán de él ni las cenizas. Arrancadle la cabeza. Coged un cubo de sangre, ya que tanta corre por estos campos, y sumergid esa cabeza, para que apague la sed de toda su vida. Encended la pira, sonad las guerreras armas, coged los cráneos de los enemigos, llenadlos de sangre, y ofreced al dios de la guerra libaciones

mezcladas con cánticos que semejen al graznido de los cuervos en los campos de batalla.

KEKOBAD (*que llega extraviado de la batalla*).

¡Qué veol! ¡Mi padre, mi padre muerto! ¡Ah! ¡Qué horror!.... Pero ya soy rey de los persas.

THOMIRIS (*jugando con su lanza*).

¡Rey! ¿Le has pedido permiso para ser rey á esta lanza? La vida de tu padre, que no cabia en el mundo, se ha apagado con un soplo no más de mis lábios, con una flecha despedida por mi arco. ¿Crees que te respetará mi lanza? Ha sonado la hora de tu raza y de tu imperio.

LOS ESCITAS (*rodeando á Kekobad y danzando en torno de su carro*.)

¡Un rey muerto y otro rey prisionero! Nuestros dioses nos amparan. Guardaremos esta nueva presa para ofrecerla á la sangrienta espada que nos han trasmitido nuestros padres, y en cuyo gastado hierro se alberga el génio de nuestros dioses. Le despojaremos primero de su manto de púrpura que arrojaremos á las llamas, y despues, de la piel pegada á sus carnes, á la curtiremos para hacer un manto á nuestra reina. Daremos su

carne á los perros, y su sangre á las hienas y á los tigres. Destrozaremos sus huesos como el leñador el tronco del árbol, y nos servirán para hacer sonar nuestros atambores en el campo de batalla. ¡Hurra, escitas, hurra! El mundo es nuestro. Los reyes de Persia son esclavos. ¡Hurra! en el campo de batalla no hay más dios que las batallas.

ORIEL (*escondido tras de un árbol, viendo el peligro de Kekobad*).

El rey ha muerto. Su hijo, mi señor, está rodeado de escitas, que aullan y se disponen á matarlo. ¿Qué hacer? Si le abandono, muere. Pero abandono á mi enemigo, abandono á mi verdugo. Muera, muera.... ¡No, no! ¿Qué digo? He comido el pan de su casa, aunque amasado con lágrimas. He bebido el agua de sus fuentes, aunque mezclada con hiel. He dormido en la paja de sus campos, aunque llena de espinas. Soy suyo; y si vivo, por su voluntad tan sólo vivo; y si respiro, sólo por su voluntad respiro. ¿Cómo dejaría yo de servirle? El génio desconocido que desde el cielo me ha cobijado con sus alas, me abandonaría á mi desgracia y á mi tormento. Corro, corro en su auxilio. Pero ¡sólo! ¿Qué haré sólo contra tanto y

tanto bárbaro? ¡Ah! Un grupo de persas corre desbandado. Soldados, seguidme, por vuestros dioses, ó Kekobad muere. Si no me seguís, su sangre caerá sobre vuestras cabezas. (*Los soldados le siguen, penetran en el círculo de los escitas, los desbandan, y salvan á Kekobad.*)

KEKOBAD.

Me habeis salvado, sí; habeis salvado al rey de los persas. Esclavo, has cumplido tu deber dando vida al señor cuya es tu vida. Los enemigos huyen como negra nube arrastrada por el viento de la tempestad. Yo me alzo sobre este carro para deciros que me reconozcais por rey de Persia.

LOS SOLDADOS.

¡Rey de Persia! ¿Y Kai-Kosru, nuestro rey?

KEKOBAD.

Mirad, mirad su tronco. Los bárbaros se han llevado su cabeza.

LOS SOLDADOS (*arrojándose en tropel sobre el cadáver*).

No ha muerto un rey, no; ha muerto un dios. En su mano vibraba el rayo, en sus ojos lucía



una lumbre más clara que la luz del sol; sus piés volaban sobre la tierra como el viento y las nubes en el horizonte; su escudo era como el cielo estrellado, su manto como el mar; y en su corazón cabía la tierra. Lloremos la muerte del dios de Persia. Las naciones habían caído de rodillas á sus piés. Los guerreros habían visto sus armas tronchadas como cañas por su soplo. Los dioses habían abandonado sus altares para que él los ocupara, como más grande que todas las divinidades; á cada uno de sus pasos temblaba el infierno, y Ahriman, el génio de la oscuridad, se revolcaba impotente en su lecho de tinieblas. Y ha muerto, ha muerto. Gritemos, llamémosle, que acaso estará dormido, ó enterrémonos con él en las profundidades de la tierra.

KEKOBAD.

Ya soy rey; ya es mía la Persia. Todos sus poderosos reinos han caído en mi mano. Los bosques de la India bajarán sus ramas para servirme de dosel. Los mares de Fenicia se levantarán para besarme con sus espumas las plantas. Las estrellas de Babilonia me tejerán con sus rayos de suave luz una guirnalda. Los espacios inmensos del desierto repetirán mi nombre. El árabe se

postrará para adorarme. Y el griego y el hebreo temblarán de mi furor y de mi ira, que caerá sobre ellos como una lluvia de fuego.

LOS SOLDADOS (*incorporándose y mirando á Kekobad*).

Si, si, buen rey. Tuyo será el mundo, porque tuya es nuestra espada, bendecida por tu padre.

KEKOBAD.

¡Ay! ¡Mi hermano, mi hermano! Me acuerdo de mi hermano con amor, (*para sí*) con odio!!!

LOS SOLDADOS.

Tu hermano debe compartir contigo el dominio del mundo. Tal era la voluntad de tu padre. ¡Gloria eterna, gloria á Tanyojarees!

KEKOBAD (*para sí*).

¡Nombre fatal! ¡Horrible nombre! Me priva el sueño y la tranquilidad de la vida. El inmenso imperio de mi padre, dividido, sería un imperio muerto. Yo me deshonraria de llamarme el hijo de Kai-Kosru. Nunca, nunca lo consentiría Ormuz, mi defensor y mi guía. Ese jóven no puede llevar en sus débiles sienes una tan pesada coro-

na. Antes la muerte, sí, la muerte para él. ¡Esclavo! (*dirigiéndose á Oriel*). La noche avanza. El infierno ha dispersado el ejército persa. Ahri-man ha extendido su soplo desolador sobre mi ejército. Tiemblo, porque tal vez haya muerto mi hermano. Vé á buscarlo por esas selvas, por las orillas de esos torrentes, para que lloremos juntos la muerte de nuestro padre y nos repartamos las coronas de estos reinos. Corre, corre, perro fiel, cumple el mandato de tu amo.

ORIEL (*perdido en oscura noche en las selvas*).

La noche es muy oscura. La blanca luna ha ocultado su faz, como si no quisiera ver los destrozos de la batalla; viento siniestro mueve las ramas de los árboles, que mezclan sus rumores con el quejido del buho; algunas luciérnagas bordean con su indecisa luz las hojas caídas, que el rocío de la noche humedece; y el murmullo sordo de la naturaleza se confunde con los ayes de los moribundos, cuya intensidad disminuye á medida que vá teniendo nuevos triunfos la muerte. Voy en pós de un príncipe en esta gran batalla perdido. Una sombra más espesa que la sombra de la noche cubre mi conciencia. ¡Cuántos infelices habrán muerto de las flechas que ha despe-

dido mi arco! Pero ¿hay en realidad muerte? La naturaleza sigue en su invariable curso y movimiento. El arroyo serpentea entre las guijas, y el torrente se precipita por las peñas; la luna arrastra su plateada túnica por los cielos, y las estrellas oscilan en lo infinito; el árbol se reviste de hojas, y la flor vuelve á brotar de la misma semilla que ha sacudido sobre la tierra. Nada pasa. La perpetuidad en el movimiento, la eternidad en la vida. ¿No he visto yo caer al rey, y no veo también sobrevivir al esclavo? Muerte, que si eres eterna debes parecer un leve sueño al desgraciado, ven y pósate en mis párpados. ¿Qué gemido oigo?

UNA VOZ QUE SUENA Á LO LEJOS.

Huye, noche, huye. El tigre ama tus sombras y el buho en tus sombras canta su cántico siniestro. Pero yo me regocijo cuando la aurora pinta con sus rosados dedos los bordes oscuros del Oriente, y la gota de rocío pende trémula de la hoja del árbol agitada por el áura matinal, y la alondra desde su nido de barro se levanta á los espacios celestes, saludando con su cántico la suave luz y llenando con sus armonías lo infinito como la primer plegaria de la tierra inundada de

amor y de esperanza. Huye, noche, y llévate la túnica de sombras, las orlas de espesas nubes; interrumpe tu silencio amenazador, y muéstrame en mi soledad el rostro de alguna diosa perdida en el aire, arrebolado por los resplandores de la luz. ¡Ay! Me he perdido, ¿quién, quién me socorred? Huye, noche, huye. El tigre ama tus sombras, y el buho en tus sombras canta su cántico siniestro.

ORIEL.

¡Una voz dulce y regalada! ¡Una plegaria sencilla y tierna á la naturaleza! No veo. Las sombras son espesas.

LA VOZ.

¿Ni siquiera, cielo, anda perdida por tu soledad, como yo por este bosque, la diosa de la noche, con su rostro pálido como la mujer enamorada, y su túnica blanca como la virgen casta en el día de sus bodas? Mándame un beso de luz, si no quieres que muera como la flor bajo la escarcha.

ORIEL.

El cielo ha oído su plegaria. Un rayo de luna

ha atravesado las nubes como la aguda lanza que rompe un escudo. Bajo un pino solitario, cuyas ramas vibran como una lira acabada de pulsar, veo una jóven angustiada y llorosa. Su túnica blanca, que apenas oculta sus gracias, muestra en sus pliegues la palpitation de su pecho acongojado. Su cabellera, que con los rayos de la luna puede competir por su color y su lustre, casi la envuelve en un manto de oro. Sus labios vibran agitados por una plegaria religiosa. Una lágrima rueda por su megilla, tan pura como la gota de rocío que el amor de la mañana deja escondida en el cáliz de la flor. Y en su actitud, en su recogimiento se vé que perdida por las selvas no teme ni los peligros de la noche, ni las asechanzas de las fieras, confiada tal vez en algun génio ó en algun dios, que será tan sólo su misma inocencia. Hermosa jóven, si no desdeñas la compañía de un esclavo, de un sér desgraciado, me acercaré á tí, y con mi aliento te calentaré los piés ateridos de frio, y en mis hombros te llevaré al través de las selvas, y en mis espaldas te pasaré á nado los rios, contentándome sólo con que un rizo de tu rubia cabellera roce mi frente como el ala del ave roza la superficie del arroyo cuando vá á apagar en él su sed, ó un suspiro de